

VIÑETAS ALPINAS

El Alba

Gorbea

La sonería interminable del viejo reloj, pone fin a la noche. El viejo reloj suizo (¿un regalo de boda?), con su aire musical antiguo y sugerente que no se acaba nunca. La luna llena se apoya en la cruz de la ventana, para atisbar en nuestro cuarto con su ojo curioso. En el Océano infinito de la noche, luchan las estrellas con la luz de la luna Salimos del refugio; muy pronto el sol mandará sus heraldos. Nosotros esperaremos, su llegada en este mirador de Aldamin, maravilloso.

A nuestra vista, valles y alturas, todo ha desaparecido bajo un mar de nubes y solamente algunos picos emergen como islas perdidas. Amboto sujeta a Anchin para que no se ahogue en aquel mar lechoso, que tiene sus olas y sus rompientes. Y, por encima de todo, resbala la claridad azul del plenilunio.

Esquillas

Con esta niebla baja, el sol se ha emperezado, más las ovejas, tempranas, salen ya del redil y sus esquillas son, a falta de un gallo vigilante, despertador del sol. Las esquillas sonoras que entonan en su lengua innumerable la canción de la madrugada: «Vamos, vamos, perezoso. es preciso levantarse. ¿Está fresca la mañana? Te has subido el embozo de nubes y lo quieres salir. Vamos, que ya empieza tu guardia. Mira cómo las estrellas parpadean de sueño».

Alba de plata

El azul del cielo ha empalidecido y una claridad, primero amarillenta y ahora rosada, se extiende por todo. La niebla va ascendiendo sensiblemente. Frente a nosotros, el telón de fondo se ha iluminado y, de pronto, el sol, como una brasa pálida, se ha encendido sobre el mar de nubes. El día apaga, una a una, todas las estrellas y la luna desaparece también, a poco. El sol naciente finge unas llamas rosadas en los altos picachos de Lekanda y Altamin; pero la niebla va subiendo y todo lo envuelve en su ténue aliento como polvo de plata.

El día

Amboto

He aquí que nos hallamos en la cumbre de Amboto; la altiva cresta en que culmina el peñascal austero de Urquiola. A nuestros pies, por la vertiente que mira al norte, se corta el monte en precipicio de obsesión y contemplamos a vista de pájaro, desde esta altura, los techos de las casitas diminutas de Arrázola. La línea de cumbres, aguda y continuada que viene desde Alluitz, es como el fino espinazo de un animal monstruoso.

Hemos tenido acierto al iniciar la subida; el camino nos ha sido fiel, y, ya en el alto, el anhelo «de ver», queda calmado.

Horizontes

Un día de viento Sur que ha despejado el horizonte de tierra adentro, nos permite divisar cumbres y cumbres innumerables; muy cerca de nosotros. Udalla, tan valiente; Aitzgorri, el majestuoso, de buen recuerdo; y Aralar, de nuestros deseos. Por otro lado, el macizo bien amado de Gorbea. Y después, montes y más montes; familiares, los cercanos; ignorados los que se van alejando de nuestra tierra madre. Y al fondo, tras de tanta cumbre, una línea seguida como un mar: Castilla. El nuestro, el mar de nuestras hazañas, está hoy oculto por la bruma.

Amistad

Al pié del enorme Amboto, camino ya de Urquiola y junto al riachuelo, la comida Somos los amigos del monte. Con un nombre de estirpe clásica, los cinco, los seis, los siete pro monte. Amamos la grandeza de sus horizontes y el pequeño prado rodeado de hayas; las rocas ingentes y la fuentecita oculta que nunca duerme. Y, entre nosotros, compartimos los afanes y las alegrías; el esfuerzo de la marcha y el agua en el cuenco de unas manos amigas. Y ahora, en la vasta mesa de verde mantel, partiremos, con la alegría del agua, el pan y el vino.

Alegría del Agua

En este cauce propicio del arroyo, gocemos, amigos, de la limpia alegría del agua. El agua clara, fría y riente. Estamos en Noviembre, sí, pero el día es templado y el sol brilla. ¿Qué importa que el agua esté un poco fría? ¡Alegría del agua, que nos traes recuerdos del verano! Recuerdos maravillados de aquellas correrías por el Abra, llenas de peripecias. Viajes arriesgados que la imaginación henchida de visiones heroicas. Gloriosas partidas con la guayra tensa por los vientos propicios... Penosos retornos, el remo en la mano, en la hora encalmada del atardecer... ¡Alegría del mar! ¡Alegría del agua!

La noche

Aralar

¡Recuerdo luminoso de Aralar! El Santuario con sus viejas piedras románicas; la maravilla de su frontal bizantino, tan admirado; la evocación de su aurea leyenda; y aún, su San Miguel, ausente entonces en su bendición de los campos.

Horizontes dilatados que alcanzan hasta el Urbión, hasta el mar, y, tal vez hasta los últimos picachos de Huesca. ¡Pic d' Orhy! ¡Cumbres de Navarra! ¡Cómo le nacen alas al corazón!

Las voces de la tarde

Próximos al Santuario, en una pequeña altura, mientras esperamos la hora del rosario y de la salve que hemos de cantar, vemos anochecer. Las sombras que nacen van empujando al sol. Pero el sol, antes del mutis, quiere armar en escena una puesta de gran espectáculo. (El sol está un poco gastado, la costumbre le está maleando, y ya «latiguillea» como un viejo cómico.) Y hay un maravilloso incendio que cubre de luces rojas el cielo y la tierra. Pero, a poco, el sol se contempla por última vez en el espejo manso del río y, después de recibir el postrer aplauso, se oculta a nuestras miradas. Entonces, las luces van muriendo poco a poco, en gradaciones lentas y la estrella de Ossiam se prende en el cielo.

Nosotros cantamos, muy pianito, unas ingenuas canciones bilbaínas. Y la selva a nuestros pies y el rumor lejano del río, Y un pájaro oculto en la fronda oscura quiebra un cristal sonoro (La-re-fa-mi.) Ocaso, el último canto del día.

Noche en la alta montaña

Hemos cenado y el lecho espera. Mañana hay que madrugar: misa temprana y luego la marcha, que hemos de atravesar el bosque y la jornada ha de ser larga. Pero ¡se está tan bien en esta ventanita del piso alto!... Apagadas las luces interiores, contemplamos la noche. El valle de Araquil, como un enorme río negro, alarga sus curvas perezosas. De trecho en trecho, el rebaño paciente de las luces se apiña en sus meandros. A lo lejos, rabadán vigilante, el caserío luminoso de Pamplona.

Las cumbres de las sierras fronteras se han cubierto, para pasar la noche con un cendal oscuro hecho de nubes. Y allá arriba, en las cambiantes praderas celestes han florecido las estrellas amigas. Las estrellas innumerables que ponen una angustia en la mente y una dulzura triste en el corazón.

¡Noche en la alta montaña! ¿Por qué se inquieta nuestro pobre corazón ciudadano...?

I G O A

Junio de 1927